

capítulo

2

Rosario y José se fueron a vivir con Carlos desde que Carmen murió. Decidieron dejar el pueblo, no permitieron que la más mínima duda albergara en sus corazones para dejar atrás toda una vida e irse a la ciudad a acompañar a su hijo, a ser testigos y partícipes del inmenso dolor que acababa de alojarse en aquella casa. Ella se ocupaba de las tareas domésticas y José, como ya estaba jubilado, se encargaba de la compra, de los arreglos de la casa y se pasaba el día haciendo chapuzas. Como decía Rosario; “Eres un manitas. Chapucero, pero manitas”.

La angustia de su jubilación se había detenido. Esos días tan monótonos y tediosos, sin nada que hacer y a la vez sintiendo un final próximo. Días sin sentido, con sucesivos altibajos pasando de una euforia desorbitada a un estado cercano a la depresión. Desde el día que dejó de trabajar, su estabilidad emocional - al igual que su horario- se quebró. La jornada laboral guió su vida durante cuarenta años y al cesar tan bruscamente rompió todo. Aunque llevaba espe-

rándola media vida, su llegada fue tajante; la llegada de la gran esperada, la temida, la desconocida, destrozó y desmotivó a José. Pero ahora todo se había parado. La vida se había detenido y la muerte debía esperar. Para José la vida se había convertido en una cuerda elástica; notaba cómo de tanto tirar de ella, por ambos extremos, se estaba dando de sí, se estaba deteriorando, pero no se partía.

Todos los días, a la misma hora, los dos abandonaban sus quehaceres para ir a ver a su nieto. Acudían diariamente por la mañana y por la tarde. Allí pasaban las horas al lado de Ismael. Con ese nombre lo inscribió José en el registro civil. Carmen quiso -desde que supo que era un niño- que se llamará así, que llevara el nombre de su padre. Y por ella, por Carmen y en honor a la memoria de su padre, José supo que ese era el nombre de su nieto. También supo que, ya nunca tendría una nieta que se llamara Jara. Carmen quería que cuando tuviera una hija llevara el nombre de las flores, de las jaras, que habían perfumado los campos de su infancia. El olor a "jara" lo asociaba a su niñez, al recuerdo de sus padres fallecidos en accidente de tráfico hacía ya cinco años.

Sabían que Carlos necesitaba tiempo, tiempo para volver a ser el de antes. Pero parecía no darse cuenta de que su hijo se moría. Ismael estaba muy enfermo, cada vez peor. Veían cómo se le iba apagan-

do la vida y Carlos no reaccionaba. A menudo ponía excusas para evitar las visitas.

Los días pasaban, con un sabor amargo, pasaban tan lentamente para Carlos que se hacían interminables. Le resultaba difícil vivir. Despreciaba la vida y tenía miedo de querer a su hijo. Lo había deseado con todas sus fuerzas pero notaba que su anhelado deseo de ser padre le estaba siendo arrebatado. Su hijo había llegado a este mundo con la muerte de frente. Sabía que pronto iba a morir y no podía ya con más dolor.

Luchaba contra sus sentimientos. Intentaba apartar el amor por la paternidad que tan fuertemente tenía arraigado. Se lamentaba de no haber vivido más intensamente su amor, de haber desperdiciado tantas horas sin estar al lado de Carmen. Jamás podría haber imaginado cuánto daño puede hacer la pérdida de la persona amada.

Los pensamientos le asaltaban, se agolpaban unos encima de otros caóticamente. A su mente le venían recuerdos y poemas, ahora veía que esos versos que Carmen le escribió y que le parecieron tan maravillosos no eran reales:

...

*“El verdadero amor no necesita compañía
puede llenar y curar el alma,
ese verdadero amor es,
el amor mío”*

No, no eran reales. No se puede ser feliz sin ser correspondido y nadie ni nada rompe tan brutalmente la esperanza de ser amado como la muerte.

¡Cuánto dolor le traían esas palabras! ¡Cuánta angustia y desesperación le causaban ahora!

Por un momento se quedó inmóvil; sintió miedo, al comprender de repente el significado de esos versos. El único “amor eterno” es aquel que nunca es correspondido.

Siempre asoció amor con felicidad. ¡Qué contradicción tan extraña y tan cercana! Ahora se trataba de su amor. ¿Palabras como “nunca”, “eterno”, significaban “siempre”, “infinito”, “nada”?

Carlos no controlaba sus emociones, ni sus sentimientos, quizá tampoco lo quería. A pesar de saber que su dolor crecería hasta hacerse insoportable, se levantó y buscó en la caja donde guardaba las cartas y poemas de Carmen.

Rosario abrió la puerta para decirle que le estaban esperando para cenar.

Besó el papel y con gran cuidado volvió a dejarlo dentro de la caja. Sabía que lo leería muchas veces. Esa caja sería su refugio, le permitía empaparse de sueños y recuerdos. También era consciente de que cada vez que levantara esa tapa se abrirían sus heridas.

Carlos se sentó a la mesa. No era ni sombra de lo que había sido. Su corpulencia había desaparecido, sus ojos se habían apagado, su sonrisa forzada resultaba absurda. Tenía una expresión en el rostro tan profunda y tan triste que resultaba inexpresiva, rayaba con la idiotez.

Rosario le observaba temiendo que perdiera la sensatez. Conocía bien a su hijo y sabía que era capaz de enloquecer antes de pedir ayuda.

Carlos, como un autómatas, volvió a su cuarto. Cada vez se sentía más extraño. El dolor había llegado a un punto que había dejado de ser insoportable. Casi había desaparecido, hasta parecía dulce. Se asustaba de sus pensamientos, no le importaba nada. Le daba miedo oír sus propias palabras, y lo peor de todo es que no tenía fuerzas para cambiar y ya no tenía ganas de luchar.

Decidió acostarse e intentar parar sus pensamientos para no volverse loco. Deseaba que su mente cayera también en ese abismo y dejara de pensar. Era consciente de tener una mente atormentada y una voluntad anulada.

Carlos se había aislado de la realidad que le rodeaba para sumergirse en un mundo de desesperados, cuya esencia azarosa era cada vez más evidente. Se refugiaba en sus papeles, pasaba horas y horas escribiendo, lo que tranquilizaba a su madre. Rosario sabía que expresar los sentimientos por escrito era una de las mejores terapias. Jamás hurgó en sus cajones, pero cuando se marchaba dejando el escrito encima de la mesa, lo leía. No intentaba fisgonear y mucho menos inmiscuirse en los asuntos de su hijo, solo pretendía observarlo. Lo veía tan deprimido que llegaba a temer por su vida. Lo consideraba capaz de cualquier cosa.

Los días, aunque se resistían, fueron pasando torpemente. El dolor físico del corazón dañado fue amortiguándose para dejar paso —aún más si cabe— a una mayor necesidad del ausente. Hasta que, de pronto, sin encontrar explicación, Carlos terminó con el monótono discurrir por la vida y cambió su reclusión en casa por salidas nocturnas hasta bien entradas las madrugadas. Las últimas noches había vuelto bastante bebido, jamás lo habían visto en estas condiciones. Siempre había huido de la vida nocturna.

Al cuarto día el cuerpo no le respondió, se encontraba en un estado lastimoso; yacía en la cama

con un fuerte dolor de cabeza, después de numerosos vómitos. Era lo más parecido a una piltrafa. Aquel cuerpo tan armonioso, tan acompasado y rítmico se encontraba desparramado en la cama. Rosario, mientras contemplaba la escena que tenía ante sí, tan desgarradora, recordó por un momento la pasión de Jesucristo, en concreto el Descendimiento. Esos cuadros que había visto tantas y tantas veces, admirando la fuerza del dolor que los pintores flamencos reflejaron en el rostro y en el cuerpo sin vida de Cristo, ahora se presentaba ante ella con toda la crudeza.

Agitando la cabeza mediante movimientos cortos y bruscos hacia los lados, con los que intentaba borrar esa imagen y volver a la realidad, tratando de seguir en este mundo que cada vez le resultaba más difícil, Rosario siguió con la limpieza de la casa y, al pasar el trapo del polvo por el escritorio, vio que asomaba un escrito debajo de otros folios en blanco. Un impulso le hizo cogerlo y lo leyó:

“Estoy entre cuatro paredes y de repente me doy cuenta de que no puedo respirar. No por falta de aire sino porque es un aire tan solitario y tan triste que no puede ser aceptado por mis pulmones.

En el corazón tengo una astilla clavada que poco a poco me va desgarrando. Tiro y lucho por extraerla. Por fin lo he conseguido pero de qué me sirve tenerla en la mano si el dolor no cesa; Es como un cáncer que va germinando sucesivamente y va profundizando en mis entrañas. Lucha sin rival ganando

todas las batallas y apoderándose de mi persona. ¿Cómo evitarlo? ¿Cómo enfrentarme a él. Si no puedo y no quiero?

Es triste y amargo pensar que estás solo, que te destruyes sin poder evitarlo, aprisionándote en una cárcel llena de puertas. Todas ellas se abren con la misma llave, siempre la llevaba conmigo y ahora, cuando más la necesito, no la encuentro, se ha marchado.

Si la tuviera, quizá no abriría, pero la llevaría siempre y la acariciaría suavemente. Entonces no sería una cárcel, sino un paraíso eterno.

Recapacité durante largos días llegando a la conclusión de que mi soledad era absurda, entonces duplicué la llave. De repente un mundo de ilusiones se abrió ante mí, pero cuál sería mi asombro cuando, al girar la llave, la puerta no abría. Comprendí que dos llaves no pueden ser nunca iguales, al igual que una gota de agua es muy distinta a la otra.

Las dos eran llaves; pero la una era de plomo y la otra era de oro”

Rosario, con los ojos todavía clavados en el papel, pero sin ver nada, se preguntaba si aquello significaba que había otra mujer en su vida. Parecía querer sustituir a Carmen, aunque siguiera pensando que era irremplazable. Rosario, como madre, temía que su desesperación le hiciera irse con la primera que se cruzara en su camino.

Veía la transformación de su hijo. Había dejado de ser responsable, activo, alegre. Y se preguntaba sin divisar la meta; “¿Hasta cuándo?”.

El día siguiente amaneció distinto y por no oír más a su madre, Carlos decidió ir a ver a Ismael. Una vez en el hospital subieron a la tercera planta, la de “Prematuros”. Se colocaron detrás del cristal que separaba a los bebés de los visitantes. Había muchas personas, todos pegados a la luna, hacían muecas a su niño. Se notaba enseguida quienes eran padres. Menos en el caso de Carlos; se le veía frío, como el hielo. Distante ante su pequeño que permanecía completamente entubado. Pero no era la indiferencia la que le hacía reaccionar así, sino el dolor, era el dolor el que le encogía el alma y la desesperación la que transmitía esa frialdad que se confundía con rechazo.

El estar cerca de Ismael le abría las entrañas; su carita le recordaba mucho a Carmen. Luchaba contra los sentimientos que rodaban en su interior. Tenía miedo al dolor, huía del amor, su corazón se enfrentaba a la razón. Le empapaba una gran tristeza y le absorbía convirtiéndole en una estatua humana que parecía impasible ante el sufrimiento de los demás. Intentaba alejarse e ir en contra de sus sentimientos huyendo del apego que le ocasionaba el verlo.

Poco a poco Rosario consiguió que le acompañara diariamente a verlo, que pegara su cara acartonada al cristal. Carlos había perdido esos bonitos ojos marrones, tan expresivos y luminosos que, como decía su padre, “echaban chispas”. Su nariz no era grande pero sí un poco afilada y le daba un aire refinado. Sus labios aparecían gruesos y su pelo, que siempre llamaba la atención, era muy rubio, suave y brillante. No era de facciones llamativas pero resultaba atractivo.

Y José cuantas veces le decía a Rosario “No sé de donde hemos sacado a este chico”. “Cómo echamos el resto en él, no hemos podido tener otros”.

Carlos no se parecía a ninguno de los dos. José era regordete, con la cara un poco colorada, y una panza pronunciada, era el prototipo de hombre bonachón. Rosario era rubia con ojos verdes y algo entrada en kilos. Tenía un estilo muy peculiar. Todo lo que llevaba le quedaba bien. Era capaz de darle elegancia a cualquier prenda que se ponía, aunque fuera el trapo más barato del mercadillo. Su media melena siempre estaba en su sitio, bien suelta o agarrada en un moño abierto. Su pelo, sus manos, sus zapatos... Siempre fue así, José la llamaba la “relimpia” y la “repeina”. Tenía un carácter muy fuerte, lo que le ocasionaba constantes choques con José. Eran de esos típicos matrimonios cascarrabias que continuamente están discutiendo y a la mínima saltan, provocando situaciones incómodas cuando se está con ellos.

También aquello acabó y todo se suavizó, llegando estas desavenencias a desaparecer completamente. Desde que Carmen murió no estaban pendientes de los roces personales ocasionados por el aburrimiento y la rutina de su matrimonio. Aprendieron a valorar la tranquilidad que no supieron disfrutar durante tantos años. En tan sólo un día sus vidas cambiaron; de ser los artistas principales pasaron a las bambalinas. El abandono de su ego, la obsesiva preocupación por su hijo, intentando aliviar su sufrimiento, y el estado físico tan alarmante de su nieto, les había convertido en una pareja envidiable. Fue la desesperación unida al dolor lo que suavizó una relación deteriorada y volvería a unir dos corazones, que se habían dejado de amar, para luchar con todas sus fuerzas por lo que más querían en este mundo, por la única persona que siempre habían estado de acuerdo en entregar sus vidas: su hijo.

Carlos seguía impasible, inalterable. No solo sus padres, desde su silencio, estaban preocupados. Todos los que le rodeaban, tanto familiares como compañeros y amigos, le vigilaban sigilosamente, sin agobiarle y muchas veces sin que notara que estaban a su lado. Estaba muy arropado. Sobre todo por dos personas: Javier, su compañero de despacho, y Teresa, amiga de Carmen.

Javier era una persona jovial, extraordinariamente sencilla, a pesar de proceder de una familia de gran renombre e inmensa fortuna, pero él estaba fuera de la "jet" y se podían contar con los dedos de una mano las personas que conocían su origen.

Tenía una constitución débil: estrecho de hombros, de piel blanca y cara siempre baja de color. Eso le costó el calificativo de enfermizo, aunque la verdad es que rara vez faltó al trabajo; puede que en todos los años que llevaba con Carlos no fueran ni tres las ausencias por enfermedad.

Javier era una gran persona y, en todos estos años, había demostrado muchas veces ser un buen compañero y un excelente amigo. Se podía contar con él para todo, fundamentalmente porque escuchaba y callaba. Nunca ningún secreto, ni ninguna crítica salieron de su boca.

No se llevaba mal con nadie. Pero se notaba que la amistad con Carlos era más intensa que con el resto. Siempre habían estado muy unidos y ahora Javier le seguía apoyando con su presencia, no perdía ninguna de sus reacciones. Estaban muchas horas juntos; la mayoría sin hablar. Se daba perfectamente cuenta de lo que estaba pasando y respetaba el silencio de Carlos, pero siempre abrigándole con su calor. Era calor humano, intenso, el que desprendía Javier. Carlos lo notaba y se sentía protegido a su lado. Había llorado con él muchas veces por la muerte de Carmen, pero ahora no tenía lágrimas, ni palabras, ni buscaba consuelo, solo silencio.

Javier le observaba y, al igual que Rosario, se había percatado de que siempre estaba escribiendo. Todas las mañanas, mientras los demás se iban a desayunar, él se quedaba en su despacho escribiendo y volvía a hacerlo al final de la jornada laboral. Salía siempre media hora más tarde.

Archivaba todo en una carpeta roja y cada vez que introducía un nuevo escrito, Javier pensaba: “Ahí va otro cachito de su dolor”.

Su amistad era sincera y profunda y por ello esta situación le hacía sufrir intensamente.

Teresa era todo lo contrario. Seria, fría, soberbia y altiva. Jamás le había gustado a Carlos. Hacía tan solo unos meses que, de repente, irrumpió en sus vidas. Carmen la admiraba tanto que Carlos llegó a molestarse con su presencia. Lo cierto es que su mujer había cambiado, y mucho, desde que iba con ella, faltaba más de casa, no es que le molestara que se divirtiera, pero le extrañaba. Y lo que menos le gustaba era que cada vez veía a Teresa más posesiva y a su mujer más sumisa a sus caprichos. No le hacía gracia que fueran tan amigas. Eran muy distintas en gustos y aficiones. La sencillez de Carmen contrastaba con la extravagancia de Teresa y lo peor de todo eran sus pensamientos, sus ideales, sus creencias. Era tan ex-

traña que a veces le daba miedo. No era transparente. Jamás sabía a qué atenerse con ella. Sus reacciones eran inesperadas. Y había “algo” tan volátil, pero a la vez tan espeso, que lo podía palpar. Ese “algo” siempre le había asustado. Pero la muerte de Carmen arrojó lejos el velo de los celos y le permitió ver a la verdadera persona que era Teresa.

Sin saber cómo, empezaron a verse, primero de forma fortuita, o al menos eso creía Carlos. Ella se había acercado desde el principio a él, con un afecto tan sincero que le hizo sentirse mal.

Actuaba como una verdadera amiga. Sólo quería ayudarle. Hablaban mucho de Carmen; vivencias pasadas, experiencias, ilusiones truncadas, y de Ismael.

Sus conversaciones se fueron alargando cada vez más. A su lado se sentía bien. Ese rechazo que había mantenido desde que la conoció se fue difuminando hasta desaparecer. Se convirtió en su paño de lágrimas y consiguió sacar su dolor y aplacar su angustia. En ella encontró apoyo y fue Teresa la que con el tiempo le haría volver a encontrar su espacio.

Primero, se trató de una huida a la desesperada, un dejar pasar la vida para intentar escapar —o mejor tapar— las llagas del dolor. Poco a poco se fue dejando llevar. Se arrastró. Se abandonó como una hoja seca al capricho del viento. Y dejó que Teresa lo llevara de un lado a otro.

El paso del tiempo era lo único que podía curarle —lo sabía— y estaba dispuesto a dejarlo correr deprisa,

sin hacerle caso, para que no se detuviera y pasara lo antes posible.

Empezó a descubrir a una Teresa que jamás había imaginado. La persona que Carmen había tenido a su lado y él nunca había querido ver. Hasta su físico le parecía distinto, su extravagancia se había convertido en elegancia. No sabía si había cambiado la forma de vestir pero ahora la veía atractiva. El cabello, negro y lacio, caía sobre su espalda, se había evaporado la mirada frívola que creía haber visto en esos ojos castaños que ahora brillaban por su ternura y transparencia, a menudo acompañando a una agradable sonrisa...aquella superficialidad que imaginó también le eclipsó una bonita figura de bellas proporciones.

Carlos se preguntaba sorprendido a qué se debía ese giro. Ahora todo había cambiado. Ya no la rechazaba, sino que la buscaba. Era, con ella, con Teresa, con la persona que más a gusto se encontraba. ¡Le recordaba tanto a Carmen! Sus palabras aliviaban su dolor y le ayudaban a respirar. Tenía un don especial para hacerle sentir bien.

Cuando estaba con ella, se relajaba, se dejaba llevar por la dulzura de su voz. Solo percibía mensajes de afecto. Empezaba a entender por qué su mujer deseaba pasar tanto tiempo con ella.

A medida que los días transcurrían, su dolor se iba atenuando o quizá se estaba acostumbrando a convivir con él y por ello le parecía más liviano. Se lo

debía a Teresa, que siempre estaba a su lado inyectándole vitalidad y era consciente de que las pocas fuerzas que sacaba eran gracias a ella.

Rosario y José seguían yendo todos los días, por la mañana y por la tarde, a ver a Ismael. El bebé no se recuperaba, cada vez estaba peor. Pronto llegaría su temida y pronosticada muerte.

Carlos todavía no se había recuperado, pero aceptaba a Ismael y tenía grandes muestras de cariño hacia él. A Rosario se le caía el alma a los pies cuando en alguna ocasión el corazón de Carlos, traicionándole, hablaba en alto y le decía palabras cariñosas. Sus padres pensaban que, por fin, el amor por la paternidad había despertado. Pero simplemente le había vencido. Había estado retenido a la fuerza para intentar aplacar el dolor.

A las ocho volvían los tres a casa acongojados. Resultaba duro, muy duro, dejarlo en aquella incubadora. La mayoría de los días, al entrar en casa, Carlos se iba directo a su cuarto, desde donde se le oía llorar. Después, sobre las nueve salía y cenaba un poco. Veía el esfuerzo que sus padres hacían para intentar entablar una conversación, pero Carlos necesitaba estar solo. Huía del esfuerzo de articular palabra y volvía a refugiarse en su cuarto. Últimamente pensaba muy a menudo en Teresa, cuya imagen se había graba-

do en su mente como un tatuaje. Aunque cerrara los ojos, seguía viéndola. Pocos momentos la olvidaba y, cuando parecía que no estaba, enseguida retornaba. Deseaba estar a su lado. A ella le debía los momentos menos tortuosos, podía decir que hasta agradables. Le gustaba su compañía. Estaba confuso y la había prejuzgado sin conocerla, basándose en una imagen errónea que se forjó de ella, celoso por arrebatarle a Carmen tantas horas de su lado.

La amistad entre Carmen y Teresa, para ser tan reciente, fue muy intensa. Teresa se introdujo en su vida vertiginosamente, provocando un giro de ciento ochenta grados en Carmen, que le hizo apartarse de sus amistades, de su vida anterior, entregándose completamente a ella.

Se sentía mal por haberla rechazado y -siempre en silencio para no herir a Carmen- evitando su compañía. Desde que murió Carmen todo eran reproches y dolor. Tenía que aceptar el presente y dejar marchar el pasado. No era fácil. El sufrimiento le machacaba.

Apretó los puños de rabia y dejó que el odio se fuera haciendo más intenso mientras sus ojos se humedecían de nuevo.

Estaba todavía en su cuarto, pensativo y reprochándose su comportamiento, cuando sonó el teléfono.

Se dirigió cabizbajo hacia él, cogió el auricular y con desgana emitió un hilo de voz:

-¿Diga?

--¡Hola, Carlos! ¿Qué pasa? ¡Vaya voz!

-¡Hola! -dijo Carlos con un cambio repentino- ¡Teresa! ¡Qué alegría oírte!. Perdona pero estaba adormilado -disimuló.

- Te llamaba para invitarte al cine.

-Bueno... -dijo titubeando ante la inesperada invitación.

-¡Eh! No estás obligado a acompañarme. Sólo hazlo si verdaderamente te apetece.

-Claro que me apetece. Solo he titubeado porque me ha pillado por sorpresa. Hace mucho que no voy al cine, muchísimo -se dijo escuchándose: "muchísimo, demasiado"- ¿A qué hora quedamos?

-Empieza a las once. Dura más de dos horas. Si te parece, quedamos a las diez en la taquilla y así nos da tiempo a tomarnos un café antes de entrar.

-Sí, estupendo, allí estaré.

-¡Vale! hasta luego -se despidió Teresa.

El cambio era visible. Estaba radiante.

Bajó las escaleras silbando. Rosario, que estaba

en el salón de la planta baja, sintió un vuelco en sus entrañas. ¡Por fin! -pensó- algo empieza a cambiar.

José, aunque en la sombra, siempre estaba allí, sufriendo calladamente. Levantó la vista, clavándola en Rosario, mientras una leve sonrisa se dibujó en su rostro.

-¡Mamá! -gritó mientras entraba en el comedor.
¡Hola, papá! -saludó a José al verlo- voy a ir esta noche al cine. He quedado a las diez.

-¿Te llamó Javier, el de la oficina?

-No, Javier no, ha sido Teresa, la amiga de Carmen.

-¡Ah! Teresa -dijo sorprendida-. Pero ¿cenarás algo antes de irte?

Sin esperar respuesta, Rosario abrió el frigorífico y en un momento dispuso una buena mesa.

-José, ven, acércate y cenamos todos juntos. Es un poco pronto pero ya sabes que -como tú dices- "para comer y rascar solo hay que empezar".